

rios, muy serios y cabizbajos ; todos atados por las dos piernas traseras y saltando como canguros, todos pintados, cosidos y remendados por el ingenio del gitano, esperando con poca fe cambiar de dueño, para cambiar de suerte.

En cuanto corrió la noticia (y fué muy pronto) de que queríamos comprar uno de aquellos fulanos, nos vimos rodeados de improviso por todo el personal de la feria.

Aquello fué el diluvio universal. ¡ Qué lluvia de gritos ! ¡ Qué de palabrería incomprensible ! ¡ Qué de proposiciones y gangas nos ofrecieron !

— ¿ Cuánto este borriquillo gris-perla ? preguntamos.

— Doce duro, pero ofrezca usted sei.... y es de ustedes.

No ofrecí nada por temor de quedarnos con la víctima, pero, en vista de que la cosa iba tomando proporciones alarmantes y de que estábamos comprometidos delante del Príncipe y el pueblo, ofrecimos dos duros por una borrica parda, llamada Cepriana por mal nombre, con lo cual nos ganamos una tempestad de insultos, á más del animal, cedido en un arranque de líricas imprecaciones.

Apenas Cepriana fué nuestra, como si tuviera un resorte en sus vacíos adentros ó fuera vendida al oro gitano ó perdiera las fórmulas del equilibrio, el caso fué que se acostó en el santo suelo buenamente y que, ya en él, no había medio humano ni humanitario de convencer á Cepriana que cambiara de actitud. ¡ Por Dios, levántate, Cepriana, le decíamos (rodeados de todo el coro de gitanos). Considera que llevamos mucha prisa ! Que no hemos

venido á Granada para estar aguantando tus caprichos. — No había medio. — « Arre ya, no sea pinturera. Levántate ó mal enterrá te vea » (le dijeron los primitos). — Tampoco nada. — Ni el Príncipe en persona tenía autoridad bastante sobre aquella terquísima criatura.

Levantóse, por fin, por su propia voluntad, y seguidos de gran acompañamiento, emprendimos una marcha que tuvo mucho de fúnebre.

A fuerza de propinas, nos despejamos poco á poco del personal acompañante (corredores todos que intervinieron en la compra) y nos encontramos solos, Cepriana, el Príncipe, los primos y nosotros, subiendo á pie por la cuesta de la Alhambra.

Allí notamos que Cepriana veía poco y cojeaba. A la pobre, por lo visto, ni le gustaban las cuestas; andaba á tientas y con muy mala voluntad ; deteníase á cada paso y temía tal vez morir por el camino.

Así lo temimos nosotros, y en vez de llevarnos las cajas, como era el trato y la intención, ayudamos á Cepriana hasta meterla en su cuarto.

V

Los cármenes de Granada

Nadie habrá lanzado el pensamiento á viajar por las orillas del Genil, el poético y afortunado río que se mueve entre alfombra de verdura, sin que,

por una asociación de ideas nacidas de descripciones ó de vagos presentimientos, haya visto los cármenes de Granada, bañados por unas aguas que, en vez de correr por desiertos indiferentes como tantos desdichados ríos, han sido conducidos, por la inconsciente fortuna de las cosas, á servir de sustento y alegría á floridos verjeles, que pagan por la savia que reciben flores y aromas en generosa explosión deslumbradora.

¿Qué son los cármenes de Granada? Lo más sencillo sería decir que son jardines, huertas y cercados de recreo ; pero esta definición sobre ser cómoda sería incompletísima, ya que un jardín, con su estilo, su pensamiento escrito con flores (que son letras de molde del alma), su aire y su fisonomía, hablan de un sentimiento expresado exquisitamente. Los jardines, como todo lo que inventa el hombre sirviéndose de los recursos que le presta la madre Naturaleza, llevan el sello del invento, revelan el carácter y las costumbres del pueblo que los ha creado, nos inician en los íntimos secretos de sus gustos ; explican una tendencia ó una escuela ; son el arte de hacer arquitectura con los árboles y las plantas, y de expresar un instinto, una visión ó un destello de la imaginación humana.

Los jardines griegos, por ejemplo, debían ser severos y perfectos como su arquitectura clásica ; sus paseos debían tener la simetría y guardar las proporciones de las columnas de un templo, y sus árboles predilectos debían ser los laureles y los olivos destacando detrás de los plátanos y los olmos en fría y correcta igualdad de líneas inspiradas en sus clásicas costumbres ; los claustros de la edad

media, cerrando entre sus ojivas jardines téticos y modestos, con su algo de huerto y de cementerio, formados de cipreses y verduras, recordaban las realidades de la vida y el misticismo de la muerte ; los jardines de Versailles, creación de Le Notre, con sus anchas avenidas, sus aguas pulverizándose en movible simetría arquitectónica, sus arenados paseos bordeados de altos macizos, sus amplias escaleras de balaústres rematados con hermosos jarrones y estatuas, y sus albercas entre-ocultando delfines, centauros y caballos de Neptuno, tenían el amplio estilo de una corte solemne y aparatosa ; los parques ingleses, con su correcta desigualdad premeditada, denotan el espíritu positivo de un pueblo que calcula los accidentes é improvisadas bellezas del paisaje, para aplicarlos con reglas de desigualdad perfecta ; así como los parques de ciudades advenedizas, nacidos en solares y criados sobre ruínas de glacia, amamantadas sus plantas con biberón y viviendo á tanto el palmo, regada su savia con fermento y teñidas sus corolas con productos de la química, denotan un arte administrativo, la urbanización vulgar de un pueblo no encomendada á los artistas del paisaje, sino á tristes empleados que tratan los pobres árboles como árboles reclutas, sin el tacto exquisito y el amor que requiere el cuidado de esos hijos de las pródigas entrañas de la tierra.

Considero tan importante el aspecto de los jardines, para juzgar el carácter de una época, que basta imaginarse un estilo para ver el fondo de verdura que le cuadra. Yo me imagino los jardines primitivos italianos, como llanura tapizada de lirios y de azucenas, árboles plegados y candorosos por fondo

y flores de colores apagados bordando una hierba mate extendida, en laderas de suavísimo relieve; me imagino un jardín romántico, como un Eden desordenado, un jardín misterioso envuelto entre lianas, cubierto de yedra abrazando las carcomidas estatuas pintadas por el musgo, llorando agua las fuentes, y el mármol patinado por la luna; me imagino los jardines realistas, convertidos en un huerto productivo, así como los jardines modernistas los imagino formados de árboles de abolengo y plantas espirituales y de sentido simbólico: grandes laureles, mirtos, cipreses y laureles rosas, en severos muros, y cerrando la vista á toda vulgar perspectiva; lilas y lirios alineados y plantas acuáticas dormidas sobre estanques quietos y misteriosos, grupos de flores, formando con sus colores el arco iris, ó agrupadas en tonos complementarios, y todo envuelto en un místico aroma de refinado buen gusto, todo mate y nadando en vaga neblina, como orquesta afinadísima de tintas, donde el alma gozara un absoluto reposo.

Los cármenes de Granada no son románticos ni primitivos ni modernos. Tienen su carácter heredado de los árabes, su tradición propia y su propio estilo. Pequeños y como quien dice ocultándose á sí mismos en su espesura, sin aspecto exterior, cruzados de caminitos de boj formando imprevistos recodos, inspiran recogimiento y tienen el encanto oriental del jardín trazado en la vaga concepción del sueño, de parque escrito en leyenda, de inscripción morisca cuyas letras son los árboles y las flores. En medio de esos jardines, como mirab á donde van los senderos, recortadas glorietas levantándose

en deliciosa simetría, imitando las líneas de la arquitectura árabe, con sus naves de estalactitas pendiendo de la verde bóveda, sus troncos tupidos irguiéndose como columnas y alminares y sus arcos superpuestos como arcos de mezquita. Debajo del frondoso y apiñado follaje de esos toldos, en el cruce de los caminos, un filo de agua brota del suelo, cayendo sobre la taza de mármol y pintándola con toda la gama verde; á lo largo de los senderos, más arcos de cipreses abrazándose, formando guirnaldas en perspectiva, cruzándose como delicada nave; á cada lado, retoños verdes en correcta fila sobre el boj; en todas partes asomando grupos de flores, y todo ello formando un conjunto imprevisto y artísticamente descuidado: un conjunto de poético abandono, de nobleza caída, de jardín floridamente melancólico, en el cual crecen las plantas, felices del amor de un pueblo que las cuida con cariño, no atormentando sus antojos y sus caprichos de arbusto.

Y es que el carmen, para los hijos de Granada constituye como un culto, y las flores, una necesidad de su alma. He visto mujer harapienta pidiendo una limosna, con una flor en la cabeza, fresca aún de la frescura del rocío; he admirado en un piso, alegre pero modesto, toda una habitación ocupada para servir de invernadero y cobijar las plantas de los balcones; y he visto una enredadera entrando por una puerta y guarecerse en las propias habitaciones, recibida con los batientes abiertos como caída del cielo. Los pobres tienen su carmen en el balcón ó en la ventana. Aquellos ojos abiertos en lo alto de las blanquísimas casas, bañados por el

terso azul del cielo, rebosando colores y perfumes, pendiendo en cascada por los muros y asomando por unos hierros que son prisión amorosa, aquello son modestos cármenes cantando una nota de alegría á los ojos de aquellas sencillas gentes. Hay ventana pequeña para dar paso á la luz indispensable, y allí está su maceta con su planta, llenándola por completo y trocando en olores para el alma el aire robado á la vida; hay balcones que, con todo y ser grandísimos, tampoco dejan pasar la claridad, que tiene que escurrirse entre las hojas, recogiendo reflejos en su camino dichoso; y hay galerías colgadas debajo de los aleros, cimbreándose cuasi al peso de tanta flor amontonada en aquel barco anclado, allí, cerca de las nubes. En el barrio de Albaicín, no se ve una sola casa que no tenga su carmen adosado á las paredes. Por pequeño que sea el huerto, por oculto que esté y enclavado y rodeado de edificios, siempre se destina un espacio, ya sea sobre la tapia, en un rincón de la alberca ó en la baranda del pozo, para poner sus macetas, su emparrado y sus mirtos, que, aparte la prosa del sitio, son un retazo de poesía. Existe un huertecito reducido como una alcoba, con un ciprés tan grande plantado en él, que tan sólo su inmenso tronco ocupa todo el terreno de aquel parque en miniatura; los hay que, no gozando de espacio para tener sombra propia, sirven sus árboles para dar sombra á los cármenes vecinos; y otros que, con un puñado de tierra, sustentan gabillas de flores y dan vida á enredaderas que suben á alegrar la casa entera. En las orillas del Darro los cármenes ensanchan sus dimensiones; en el monte de la Alhambra,

son ya verdaderos parques, perdiendo en poesía lo que ganan en extensión, y en todas partes, en todas las macetas y á lo ancho de la llanura, sus grandes masas de follaje, sus árboles asomando por encima de los cercados ó perdiéndose á lo lejos de la vega, dan ese aspecto de especial hermosura á esta Granada y la convierten en una de las ciudades más risueñas y pintorescas de la tierra, ya que ellos son, con su paisaje entrándose por las casas, los que dan vida y carácter y traen en su perfume esa nota de alegre melancolía que disfruta este pueblo venturoso.

Goce, pues, de sus cármenes, y gócelos pronto, ya que empieza á notarse en los nuevos retoños de sus árboles y plantas síntomas de destrucción, de olvido ó de cansancio. Ya el buen gusto, el gusto del instinto, se ha refugiado como siempre en el pueblo, guardador de las grandes tradiciones y autor de las grandes esperanzas; ya los jardines nuevos son jardines con plantas numeradas y bautizadas civilmente; plantas que necesitan llevar colgado su nombre para ser debidamente conocidas. La aristocracia del arte muere aquí, como en todas partes, bajo el dominio de la vulgar clase media, y hasta en este hermoso oasis de Andalucía llega esa tristeza fin de siglo, esa plaga que va uniformando la tierra, que invade los dominios más selectos con la fuerza de su insultante mayoría.

Pero antes que muera del todo el recuerdo de las buenas tradiciones, para esperar esas nuevas que mejoren los presentes, hay que ver estos cármenes de ahora. Hay que verlos en primavera, pues según dicen los que tienen la fortuna de gozarlos, sus colo-

res se ven á larga distancia, su perfume se percibe en las mismas calles. Granada entera florece, se abre á nueva vida á los ojos, se viste de juventud y no es la naciente flor con la esperanza del fruto la que nace en los jardines, es la flor brotando espontáneamente. Hay que verlos en verano, hinchando la ciudad, ensanchándola por todos lados con el verde que se escapa de sus poros, ocultándola al amparo de su sombra, y hay que verlos en otoño y contemplar su deshoje, como lo hemos ido contemplando estos dos meses.

Los olmos son los primeros en perder su entera y rubia tersura, su verde tierno palidece y sus hojas se tambalean en las ramas tiritando indecisas antes de lanzarse á volar á la ventura; siguen los plátanos, trocándose sus colores de manzana en rojos de sol poniente y en cadmiums de verde tostado; luego tiemblan las demás hojas, los castaños, los nogales y los olmos sienten correr el otoño por sus venas y, entrando el frío en sus ramas, empieza el gran desfile del paisaje, la emigración de cada año, la llegada del invierno sembrando la muerte á su paso.

Entonces Granada entera parece una ciudad fantástica, bañada por el incendio de una puesta de sol deslumbradora; el ambiente se llena de una nube de puntitos de colores que vuelan indecisos, siguiendo los caprichos del aire que se los lleva; los bosques de la Alhambra imitan y se visten de las mismas tintas de oro del Alcázar, pintan del mismo tono los árboles de los paseos, y el suelo va alfombrándose con esos exquisitos *bibelots* aún flexibles de vida, con esos pedazos de delicada materia, con

esas hojas de finísima pátina que son restos melancólicos de otro verano que ha muerto.

Aún del suelo las arranca el huracán y las levanta y las lanza en torbellino y las persigue á lo largo de los caminos y aún del aire y van á caer al riachuelo que, jugando, se las lleva hasta el Genil.

Allí es su entierro. La tierra se queda como apagada por el hálito del invierno y secos los bosques de Granada. Allá, en medio de sus cármenes, se destacan los cipreses, los laureles y los mirtos, esos árboles perennes que soñamos al soñar en los jardines modernistas.

 VI

Alonso Cano

Una de las sensaciones artísticas más intensas que he sentido, de esas impresiones que pagan con creces el ansia de belleza que uno persigue por esos mundos de Dios, de esas visiones que quedan y repercuten de vez en cuando en la memoria, llevando el recuerdo de algo realmente bello, que se guarda y saborea... la sentí al contemplar el San Francisco, de Cano.

Recorría la catedral de Toledo, impresionado por su imponente grandeza. Andaba al azar, admirando sin plan premeditado lo que pasaba buenamente delante de mis ojos, cuando un sacristán hízonos entrar en una vasta capilla enlutada y severa y en vuelta en la penumbra.